

## EL CONCEPTO QUE NOS FORMAMOS DE DIOS RESPUESTA A ANTONIO

### EL ORIGEN DEL UNIVERSO. LUIS ALVAREZ

#### 8.9 Las imágenes que nos formamos de Dios

8.9.1 Las imágenes de la cultura científica son necesarias para formar una imagen de Dios. En la actualidad estamos inmersos en la cultura técnico-científica. La cultura es el marco referencial de valores y símbolos en que se expresan esos valores. Y la cultura presta imágenes y palabras a los miembros de la sociedad de una época determinada, por eso nuestra cultura científico-técnica nos proveerá de palabras e imágenes para todo discurso, incluido el discurso religioso, sobre el ser humano y sobre Dios. Nuestra condición humana es tal que todas nuestras elaboraciones mentales van acompañadas de imágenes y de palabras. “El lenguaje es el vehículo del pensamiento”, dijo acertadamente Wittgenstein. Nuestras imágenes las sacamos del mundo que nos rodea. Podemos decir que rastrear el rostro de Dios en nuestra cultura científica se hace cada vez más difícil al ser humano. “No podemos sentir la presencia de Dios en nuestro mundo secularizado con tanta ingenuidad como lo hicieron en épocas anteriores”. “Hoy tenemos evidencia de que no puede hacerse de Dios imagen alguna tallada de madera humana”, afirmó el teólogo Karl Rahner. Corresponde a la Ciencia, en especial la Física y la Biología, ayudar a la teología en la búsqueda del rostro de Dios y la comprensión de la acción de Dios en el mundo. De manera que la Teología en sus afirmaciones y discursos se libere de toda superstición, falsedad e irracionalidad.

8.9.2 Las imágenes de Dios dependen de la imagen del mundo y la sociedad. Todos los esfuerzos realizados en la historia de las religiones para la búsqueda del rostro de Dios, aunque tiene aspectos positivos como el hallazgo de la analogía y la teología negativa, están tocados de la relatividad y de la afirmación “no es así”, que niega toda identidad en las afirmaciones. Pero el ser humano tiene necesidad de recrear continuamente la imagen de Dios y para ello no tiene otro punto de partida que el mundo en que vivimos y la interpretación del mismo que hace la ciencia. Las sucesivas imágenes de Dios que el ser humano ha ido formando están contaminadas de las imágenes del mundo y de la sociedad en que se formaron.

El libro de la Sabiduría del Primer Testamento nos da una pauta de lo que debe ser esa continua purificación a la hora de intentar un diálogo entre la racionalidad científica y la convicción creyente. Dice la Sabiduría: “de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega por analogía a contemplar a su Autor” (Sb 13, 5). La analogía es como un fino escalpelo mental que servirá para disecar y separar en toda afirmación sobre Dios todo lo que sean añadidos atribuibles a nuestra manera de conocer como seres humanos finitos y nos servirá para construir un discurso libre de errores y de supersticiones, cuando intentemos hablar sobre Dios. La superstición es definida en el Diccionario como “creencia extraña a la fe religiosa y contraria a la razón”. Le cabe, pues, a la ciencia y, en concreto, a la ciencia actual en sus grandes ramas, la Física y la Biología, ayudar a la teología, como conductores hermenéuticos, a la búsqueda del rostro de Dios y a la comprensión de la acción de Dios en el mundo, de manera que en sus afirmaciones y discursos la teología se vaya purificando de toda contaminación de falsedad e irracionalidad.

Es verdad que en todos los esfuerzos para la búsqueda del rostro de Dios debemos estar precavidos y ser cautos para no encontrarnos con nuestras propias imaginaciones, como nos avisa San Efrén. Todos los esfuerzos que a lo largo de la historia de las religiones ha llevado a cabo la humanidad para encontrar el rostro de Dios, aunque preñado de atisbos positivos, están tocados de la relatividad y

apofatismo del “no es así”, que niega cualquier identidad en las afirmaciones, cuando nos referimos a Dios, lo que se ha llamado teología negativa. Pero el ser humano siente la necesidad urgente de recrear continuamente la imagen de Dios, y para ello no tiene otro punto de partida que el mundo en el que vivimos y la interpretación del mismo que con sus diferentes modelos heurísticos nos da la ciencia.

### 8.9.3 Veamos algunas de las imágenes de Dios en la Historia

1 Son muy conocidas las imágenes antropomórficas de los dioses del panteón grecorromano, en las que los dioses tenían las mismas pasiones de los hombres.

2 El Antiguo Testamento presenta un Dios aún demasiado semejante a los seres humanos de la antigüedad: Yahvé, el Dios de los ejércitos, es justiciero, vengativo, cruel, celoso y es el dios nacional de su pueblo escogido, Israel, a quien protege, salva y con quien hace una alianza.

3 Con Jesús de Nazaret se descubre a un Dios que es padre bueno con todos, amoroso, cercano, humano

. 4 Con los siglos de cristiandad, al Dios de la Edad media se le añade un aspecto de juez riguroso y castigador. Se inserta a Dios en el sistema feudal como imagen de orden y autoridad.

5 Con el modelo de orden de un universo concebido como cosmos, se crea la imagen de Dios garante y principio del orden del universo. Dios es el primer principio, primera causa. Es la imagen de Dios en que han creído muchos creyentes, así como la que han negado muchos ateos, es decir, la del Dios cosmológico aristotélico.

6 Cuando la ciencia clásica se construye bajo el mecanicismo, el reloj barroco es el símbolo de ese universo y el Dios relojero será el gran mecánico que ha creado y puesto en marcha ese mecanismo suficiente por sí mismo, una vez iniciado su movimiento. Esta imagen de Dios fundamentó el deísmo, en el que no es posible concebir una acción providente de Dios en la Historia.

7 Aunque un universo autónomo puede ayudar a purificar la imagen de Dios tapagujeros de generaciones anteriores, puede llevarnos a la imagen de un Dios trascendente al mundo en soledad radical, que no se introduce en la vida de los seres humanos. Es el Dios frío y lejano de los físico-teólogos.

8 En el siglo XX hemos visto como la ciencia nos ha abierto a una nueva visión del universo que condiciona también la imagen de Dios. Del Dios relojero se ha pasado a la imagen de Dios mente del universo o principio de inteligibilidad. Es frecuente oír hablar del Dios de los físicos, Dios que se revela en la armonía del cosmos, no de un Dios que se cuide de la suerte de los seres humanos en la historia. Es el Dios de la religión cósmica (Einstein): por un lado se da una desmitificación del cosmos por la ciencia y por otro lado hay una mayor conceptualización de la imagen de Dios.

9 La revolución biológica que estamos viviendo, junto al cambio de paradigma de comprensión del universo concebido como orden a un universo concebido como caos de donde emergen el orden y la vida, nos lleva a una nueva imagen de Dios concebido como principio de emergencia o libertad absoluta. También aquí la ciencia puede ayudar al creyente a purificar las imágenes de Dios que ha venido arrastrando, para encontrar una imagen de Dios más cercana al ser humano de nuestro tiempo, más fácil de fundamentar una auténtica actitud religiosa. Esta imagen de Dios principio de emergencia de todo lo nuevo y de libertad está más cercana a la tradición bíblica del Dios vivo, imagen que se puede tallar más fácilmente desde una concepción de universo evolutivo y dinámico. Pero siempre recaerá sobre el creyente el mandato bíblico de no construir imágenes definitivas de Dios (Dt 5,8).

## 1.- Búsqueda del rostro de Dios (Las ciencias y nuestras imágenes de Dios Ignacio NÚÑEZ DE CASTRO )

La búsqueda del rostro de Dios es el quehacer religioso más primario, pues supone buscar con toda honestidad, como diría Xavier Zubiri, nuestro principio de religación. La ciencia, esa especulación sistemática sobre la realidad, nos proporciona un conocimiento de la misma que además permite manejarla. En la actualidad nos encontramos inmersos en la que se ha llamado cultura científico-técnica, en el tecno-cosmos, el cual se impone por sí mismo, semejantemente al poder respirar y respirar, diría el filósofo Hans Jonas. Si la cultura es ese marco referencial de valores y de símbolos y signos en los que se expresan esos valores, la cual en una época determinada de la historia presta imágenes y palabras a la conciencia colectiva, nuestra cultura científico-técnica nos proveerá de imágenes y palabras para todo discurso, incluso para el discurso religioso, para el discurso sobre el ser humano y para el discurso sobre Dios.

El esfuerzo de integración, pues, debe ir acompañado siempre por la conciencia de una continua purificación del error en la concepción de la realidad y de la superstición en el manejo responsable de esa realidad que se le ha entregado al ser humano, que se encuentra arrojado en el mundo, -recordemos las palabras de Juan Pablo II-. Ésta es la gran tarea de la ciencia en el diálogo con la religión, en general, y con la teología, en particular.

Pero la visión del mundo que las ciencias nos ofrecen nos ayudará a ir purificando nuestra imagen de Dios y su relación con el mundo, es decir, una nueva concepción de la acción creadora de Dios en un universo dinámico y evolutivo, aunque conscientes de que ninguna imagen o modelo será definitiva; ya Santo Tomás nos avisaba que un error acerca de las criaturas puede conducirnos a una falsa imagen de Dios ("*nam error circa creaturas redundat in falsam de Deo sententiam*", *Summa contra Gentiles*, Liber 2, C 3, nº 6).

### CEREBRO, MENTE Y CONCIENCIA

<http://cienciarazonfe.com/assets/archivos/articulos1384984349.pdf>

### EL ORIGEN DEL UNIVERSO

<http://bloc.mabosch.info/wp-content/uploads/2012/06/EL%20ORIGEN%20DEL%20UNIVERSO.pdf>

### QUÉ DIOS Y QUÉ SALVACIÓN R. MARTINEZ LOZANO

¿*Qué está ocurriendo en Occidente con Dios y con la Iglesia?* El descenso imparable de la práctica religiosa, la disminución notable en el número de las vocaciones, la desafección palpable hacia las instituciones religiosas, la dificultad creciente de transmitir las creencias y los valores institucionales a las nuevas generaciones (fracaso en la socialización religiosa: catequesis, sacramentos de iniciación...), el aumento de la desconfianza e incluso el recelo ante la jerarquía eclesiástica (según encuestas recientes, en España, la Iglesia es la institución menos valorada por los jóvenes)... son factores que nos hablan a las claras de la decadencia de la religiosidad institucional.

Pues bien, según muchos responsables eclesiásticos, teólogos y estudiosos, para explicar el origen de este sombrío panorama, hay que referirse al *fenómeno de la secularización*, tal como se produjo en Europa, a partir ya del Renacimiento,

agudizándose luego en la Modernidad y la Ilustración. La secularización puede entenderse como el proceso de independencia progresiva de los distintos ámbitos de la realidad frente a la tutela de la Iglesia. La realidad física (las ciencias naturales), social, política, económica, psicológica, moral fueron adquiriendo una autonomía creciente que, desgraciadamente, se realizó en un marco de polémica, descalificación mutua y enfrentamiento. La rebelión frente a la tutela anterior y la postura ultra defensiva de la institución eclesiástica habrían de ser la matriz en la que se gestara la diferenciación. Y eso marcaría irremediabilmente la evolución futura. Los estudiosos a los que me refería entienden que la salida de esta situación pasa por encontrar el lugar y el estatus de la religión en una sociedad *secularizada*. Así se suceden, desde hace ya décadas, los cursos y estudios sobre “Dios en una sociedad secular” o “religión y secularización”, en los que se buscan pistas que nos permitan comprender y “resolver” el impasse en que nos encontramos.

*Pero, ¿es realmente la secularización la clave para comprender lo que estamos viviendo?*

Más recientemente, se oyen voces de miembros de la jerarquía eclesiástica que no se refieren tanto a la secularización como a la “*cultura postmoderna*” para explicar los “males” que afligen a la religión institucional. Hasta el punto de afirmar que no se puede ser postmoderno y católico. Reaparece la actitud ultradefensiva, la misma que llevó a condenar la Modernidad, cuando el *Syllabus*, en 1894, afirmó tajantemente la incompatibilidad entre la Iglesia y la civilización moderna. De un modo similar, cien años después, desde una postura dogmática y autoritaria, sin un análisis matizado, sin ningún diálogo enriquecedor, se condena la postmodernidad. Una vez más con retraso, la religión institucional tiende a parapetarse en lo conocido, aunque para ello deba condenar todo lo emergente.

Cuesta trabajo comprender que los autores de tales planteamientos no perciban que ése es justamente el modo más eficaz de conducir a la Iglesia al gueto, al ostracismo y a la irrelevancia cultural, con lo que vienen a conseguir exactamente aquello de lo que se lamentan. Pero, más allá de esos planteamientos, *¿es realmente la cultura postmoderna la clave para comprender lo que estamos viviendo?* Resulta innegable, por obvio, el influjo de la secularización y de la postmodernidad: son la *atmósfera* en la que vivimos. Eso significa, ciertamente, que la cultura secular y postmoderna, con sus luces y sus sombras, nos penetra de un modo tan inadvertido y tan eficaz como el aire que respiramos. Nos guste o no, constituyen nuestra “atmósfera cultural”. Pero, ¿y si no se tratara únicamente de esos factores? ¿Y si el cambio fuera de un calado todavía mucho más hondo de lo que pensábamos? Un cambio de tal magnitud que afectaría a los cimientos mismos de nuestro modo de conocer, de percibir, de expresarnos, de vivir...

Me refiero a un cambio de “nivel de conciencia”. Ello significaría que no nos hallamos *sólo* en una sociedad secular frente a una anterior sociedad religiosa; ni *sólo* en una cultura postmoderna frente a una anterior cultura moderna. Tal vez nos hallemos ante el umbral de un “salto de conciencia”, una *nueva conciencia* que cuestiona, en su raíz, nuestras respuestas habituales, incluso las más novedosas, a las cuestiones de siempre: ¿quién soy “yo”?, ¿qué es la realidad?, ¿qué es la vida?, ¿qué es la humanidad?... El término “conciencia”, en castellano, reviste dos acepciones más importantes: una *moral* –y hablamos entonces de un “juicio moral” sobre las acciones– y otra *cognoscitiva* –que hace referencia a un “modo de percibir”–. En esta segunda acepción, podría hablarse más propiamente de *consciencia* (*consciousness*),

si bien el uso habitual prefiere el primer término. En cualquier caso, a lo largo de estas páginas, la palabra “conciencia” hay que tomarla en este segundo significado, como *modo de percepción* de la realidad. Así, podremos hablar de una “evolución de la conciencia”, tanto a nivel individual –un adulto percibe la realidad de un modo diferente al de un niño– como a nivel colectivo –una sociedad hortícola percibe la realidad de un modo diferente al de una sociedad postindustrial, por ejemplo–. En todo caso, es necesario partir del reconocimiento de que la conciencia, como percepción de la realidad, no es algo estático, sino que comparte la condición evolutiva de todo lo real, de modo que podemos constatar diferentes niveles por los que históricamente ha ido atravesando. Así, los niveles de conciencia *mágico* y *mítico* han sido colectivamente superados; el *racional-egoico* está produciendo una irremediable insatisfacción, a la vez que pone de manifiesto los límites estrechos de la mente y el callejón sin salida al que conduce. Y es ahí mismo donde se empieza a insinuar un nuevo nivel de conciencia, el *transpersonal*, que viene a modificar radicalmente nuestra percepción de lo real.

Desde ese nuevo horizonte, las personas religiosas sienten la necesidad de plantearse: ¿quién es Dios?, ¿qué es la salvación?, ¿qué es ser creyente? Y descubren que no es ajustado volver a las respuestas “tradicionales”, ni es suficiente revestirlas de un carácter “secular” o postmoderno. Porque todas esas respuestas – como las propias preguntas–, antiguas o modernas, nacieron en un estado de conciencia que es, justamente, el que se está modificando. ¿Podemos seguir aferrados a él sólo por miedo o por inercia? ¿O nos atreveremos a abrir nuestra mirada a horizontes con los que ni siquiera habíamos soñado?

¿Seguiremos con las formulaciones y las respuestas de siempre –en las que habíamos puesto nuestra seguridad– o seremos capaces de correr el riesgo de la libertad, a la vez, humilde y osada? Creo que nos encontramos ante un gran *desafío*, que nos exige apertura para cuestionarnos las respuestas recibidas. ¿Y si las cosas no fueran como nos hemos acostumbrado a verlas? ¿No hay nuevos datos, provenientes de los ámbitos más diversos del conocimiento, que nos impulsan hacia perspectivas insospechadas? ¿Estamos dispuestos a aprender o seguiremos encerrados –aunque la justifiquemos y maquilemos– en una (inconsciente) soberbia que no se deja cuestionar?

Éste es el marco en que se mueve el libro que tienes en tus manos. Y ése es su objetivo más amplio: señalar *claves* que nos ayuden a entender el *cambio religioso* en el que nos vemos inmersos, y que va mucho más allá de los síntomas a los que aludía en el inicio de esta misma introducción. Resulta cada vez más frecuente escuchar a personas que dicen: *Sé lo que no es, pero no veo por dónde tiene que ser*. Inmersos en un cambio de grandes proporciones, sabemos con certeza *lo que no puede ser*, lo que era sólo *una forma* histórica- mente condicionada y, por eso mismo, hoy ya superada; pero nos cuesta otear por dónde tiene que ser, y avanzar en esa dirección. Lo que ofrezco aquí es un intento humilde de esbozar las –en mi opinión y experiencia– *claves* más importantes para *comprender dónde nos encontramos* e intuir *hacia dónde nos dirigimos*, en el estado actual de la evolución de la conciencia.

Por lo que se refiere a los creyentes, quiere ayudarles a avanzar en la *clarificación de la experiencia de fe*, en esta nueva situación. Y todo eso desde una motivación: la *fidelidad a la verdad de lo que nos es posible captar*. Ello comporta un riesgo: equivocarnos en la lectura de lo que percibimos. Pero ése es el modo de ir avanzando hacia la verdad: la búsqueda compartida. Y, cuando *realmente* se cree en la fuerza de

la Verdad, no son necesarias “condenas” o “*notificationes*”; compartiendo, contrastando, corrigiéndonos mutuamente, la verdad seguirá abriéndose camino. Por otro lado, estoy convencido de que ese riesgo no puede estancarnos en las respuestas “ya conocidas”, porque en ese caso el peligro es mucho mayor, el de renunciar a la búsqueda de la verdad por la seguridad cómoda de lo ya aprendido.

Necesitamos la audacia y la creatividad del Espíritu para pasar del autocomplaciente y paralizante “*siempre ha sido así*” –con el que se tiende a acallar cualquier discrepancia que ponga en tela de juicio las propias formulaciones–, a la pregunta honesta y arriesgada, lúcida y humilde, por el *cómo plantear hoy ajustadamente*, en nuestras propias categorías, la verdad que hemos recibido.

La religiosa benedictina Joan Chittister ha escrito que “*es posible pasar por la vida superficialmente, no cuestionando nada y llamando a esto «fe»*”. Sin embargo, “*la vida espiritual comienza cuando descubrimos que sólo nos hacemos adultos, espiritualmente hablando, cuando, más allá de las respuestas, más allá del miedo a la incertidumbre, vamos hacia ese gran y omniabarcante misterio de vida que es Dios*”

Es innegable que no pocas personas se han visto llevadas a rechazar a “Dios” porque, en su peripecia vital, había quedado asociado a sufrimiento o humillación. Pero no lo es menos el hecho de que muchas mentes lúcidas lo han rechazado porque no podían aceptar una *objetivación* de Dios que lo convertía en un Ser separado, consecuencia de la proyección humana.

Así pues, en los comienzos del siglo XXI, hemos de preguntarnos una vez más: ¿qué Dios?, ¿qué salvación?, ¿qué iglesia?, ¿qué creyente?... Pero, esta vez, la respuesta no podrá limitarse a una mera “actualización” de los contenidos de siempre, porque la pregunta se sitúa en un nivel diferente y, por ello, nuestros anteriores parámetros de referencia nos sirven de muy poco.

Vuelvo a temas que ocupan mi mente y mi corazón, que ya he abordado en otras ocasiones, pero que considero importante retomar para explicitar ordenadamente los presupuestos y para extraer las consecuencias que afectan directamente a la cuestión religiosa.

Abrigo la esperanza de que estas páginas interroguen, despierten, promuevan la búsqueda, ayuden a crecer en *lucidez* de lo que vivimos y, de ese modo, *estimulen a caminar* en la dirección adecuada.

La estructura del libro es muy sencilla. Si lo que ha cambiado es la misma pregunta, había que empezar cuestionándose el *porqué* y el *cómo* de ese cambio. Y eso remite a la *conciencia* y a su modo de percibir en el momento actual. Es decir, no podremos entender las respuestas ni las preguntas, si previamente no nos clarificamos sobre el “sujeto” que se las hace. Era imprescindible, por tanto, partir de la conciencia –que, como decía más arriba, no es una realidad estática ni inmóvil, dada de una vez por todas, sino sujeta también a evolución– y tratar de comprender cómo se ha llegado al estadio en que se encuentra. Es precisamente la *transformación de la conciencia* la que hace que se modifique nuestra percepción de la realidad.

Había que entender su evolución, a través de los diferentes *niveles* por los que ha atravesado, así como el modo en que ha cristalizado en los *paradigmas* concretos más cercanos a nosotros. Captar la *condición evolutiva de la conciencia* y ser conscientes de que siempre estamos en *un paradigma* concreto, dentro de *un determinado nivel*, son condiciones indispensables para empezar a entender lo que *vivimos* y lo que *creemos*. Soy consciente de que la lectura de este primer capítulo puede resultar ardua, debido a la novedad de la temática que en él se trata. Pero es imprescindible

para comprender en profundidad lo que se abordará en los capítulos siguientes. Por otro lado, aunque todavía resulte muy nuevo, parece obvio que el futuro apunta en esa dirección. En todo caso, lo que pretende, del modo más sencillo, el primer capítulo no es otra cosa que analizar *la evolución de la conciencia: estadios y paradigmas*.

Clarificado ese presupuesto, estamos más capacitados para preguntarnos, en un segundo capítulo: *¿Qué Dios?* Con limpieza y honestidad, con rigor y desapropiación, lúcidos con respecto a las trampas que acechan y humildes frente a los límites de nuestra mente, entraremos en un camino percibido como “oscuro”, pero el único que, paradójicamente, liberándonos de dogmatismos arrogantes y de enfrentamientos (religiosos) estériles, puede conducirnos a la luminosidad de *Lo Que Es*.

Hablar de Dios es hablar de salvación. De hecho, todas las religiones —e incluso las llamadas pseudorreligiones seculares— se presentan como “ofertas de salvación”. “Salvación” es lo que, en realidad, va buscando todo ser humano, y “salvación” es lo que viene a ofrecer cualquier religión. *¿Qué salvación?* es la cuestión que se abordará en el tercer capítulo. Porque si el *modo* de “decir Dios” se revela deudor del estadio de conciencia y del paradigma en el que el sujeto se encuentra, exactamente lo mismo ocurre con el tema de la salvación. Lo cual —téngase muy presente en todo momento de la lectura de este libro— no significa decir que “Dios” y la “salvación” sean una creación de la mente humana, sino únicamente constatar que *nuestros modos de decirlos* están inevitablemente condicionados por nuestro nivel de conciencia y nuestro marco cultural. Eso explica que, al decir “Dios” o “salvación”, estemos siempre hablando más *de nosotros mismos* que de Dios y de la salvación. Tenía razón Anaïs Nin, al decir que “*no vemos las cosas como son; vemos las cosas como somos*”.

Un cambio cultural de la magnitud del que estamos viviendo ha de afectar, forzosa y profundamente, al modo de entender la salvación cristiana, haciendo añicos el “esquema clásico”, aprendido por generaciones en el catecismo y que configuró todo un imaginario colectivo del que aún nos cuesta tomar distancia. *¿Cómo se llegó a aquel esquema? ¿Cómo se percibe desde hoy? ¿De qué modo afecta nuestra nueva conciencia a la comprensión cristiana de ese misterio? En definitiva..., ¿qué salvación?* El cambio en el modo de decir “Dios” y de entender la “salvación” han de afectar inevitablemente a nuestra propia autocomprensión como creyentes en el seno de la Iglesia. Por eso, aunque sea sólo a modo de apunte, he querido, en un *Epílogo*, abrir esa cuestión:

*¿Qué Iglesia y qué creyente?* apuntando apenas las que considero prioridades básicas.

Y el libro termina con un *Anexo —¿Qué yo?—*, que recoge varias *modalidades de la práctica meditativa*, desde el convencimiento de que es esa práctica la que nos va capacitando para abrirnos a experimentar nuestra identidad más profunda; la que nos va a permitir responder a la pregunta más radical: *¿quién soy yo?* o, mejor aún, *¿qué es finalmente el “yo”?* Precisamente porque soy bien consciente de que *sólo se puede comprender la nueva conciencia transpersonal* —la dimensión no-dual de la realidad— *cuando se ha experimentado*, dedico a esa práctica una extensión considerable. Como decía más arriba, me mueve la búsqueda de coherencia y de fidelidad. Si “Dios” y “salvación” pudieron decirse con las categorías propias de un estadio de conciencia mítico, es claro que pueden decirse también con las categorías propias de un incipiente estadio de conciencia transpersonal. Estoy convencido de que el Espíritu, que “atraviesa” todos los estadios, como “alma” del mismo proceso evolutivo, nos orienta hacia horizontes insospechados, donde Dios y la salvación serán una

realidad. Me he expresado mal. Nos orienta hacia horizontes insospechados en los que despertar y descubrir, caer en la cuenta de que Dios y la salvación son *ya –y siempre lo han sido–* una realidad, la Realidad luminosa de *Lo Que Es*. Por lo que se refiere al *método*, he optado por la forma de *diálogo*: me parece que, permitiendo volver en espiral sobre los mismos temas, se facilita la comprensión de un texto que avanza progresivamente en profundidad, y se favorece la claridad de la exposición en una cuestión que, por novedosa, puede resultar de no fácil comprensión, en un primer acceso. En aras de esa misma claridad y movido por un interés pedagógico, he mantenido conscientemente repeticiones e insistencias, por las que desde ya pido perdón al lector que las encuentre reiterativas.

Quiero terminar agradeciendo a todas aquellas personas que, en parte o en su totalidad, leyeron el original: han sido muchas, especialistas en los diversos campos, a quienes pedí su opinión, su crítica y sus reacciones. Todas esas aportaciones me dieron luces, me hicieron reflexionar y volver una y otra vez sobre lo escrito, de modo que terminaron, ciertamente, enriqueciendo el texto. A todas ellas, mi gratitud cordial.

## EVOLUCION DE LA CONCIENCIA: ESTADIOS Y PARADIGMAS

### 1.1 Estadios o niveles de conciencia

La historia de la humanidad ha pasado por 5 estadios:

1 Arcaico desde la Edad de piedra (2.5 millones de años )hasta 200000 aC.  
Prepersonal

Mas animal que humano. No percibe el yo separado. Fusión con el entorno natural.

Preocupación por supervivencia y alimento

2 Mágico (200000 a 10000 aC)

Centrado en lo físico emocional. Caza. Recurre a magia en busca de apoyo. Se hace consciente de su mortalidad

3 Mítico (10000 a 1500 aC Neolítico)

Organización social, agricultura, escritura, lenguaje

Religión asumen una forma diferente: grupos empiezan a transmitir historias en forma de mitos

4 Mental, racional egótico (1500 aC...)

Entra en escena el ego o pensamiento abstracto como única realidad

Liberado de la magia y el mito. Conciencia lineal del tiempo (historia y futuro)

5 Transpersonal

De un yo integrado pasa un no yo transpersonal

Nos desidentificamos de nuestra mente; esta es considerada como un objeto que el individuo trasciende situándose más allá de ella hasta llegar a una conciencia universal

Desarrollo de la percepción extrasensorial (clarividencia, percepción del aura...) Mayor capacidad de vivir en presente

Liberado del ego, supera dualismo, crecen las experiencias unitivas místicas

Los estadios 2º, 3º y 4º pertenecen a la FASE PERSONAL

## EVOLUCIÓN DEL INDIVIDUO

Estado arcaico (0-6 meses) Mítico( 6 meses a 2 años), Racional (7-21 años) hasta llegar a un estado integrado:

Se integran las diversas dimensiones (cuerpo, mente, ego, imagen). Capaz de pensar desde diferentes perspectivas. Mayor interés por los demás y planeta. Tolerante, solidario, comprometido, afectuoso.

En lo religioso relativiza etapas anteriores y se aproxima a lo divino como algo inefable

\*Observaciones:

**Los estadios pueden superponerse, solaparse. Así sucede en la religión: (muchos abandonan cuando se han quedado en estadios anteriores superados y buscan nuevas formas de religiosidad ya superadas)**

**Colectivamente hoy nos encontramos en el estadio racional, aunque hay manifestaciones de estadios anteriores (mágico y mítico). Pero el dinamismo de la conciencia empuja hacia delante y hay indicios de un estado integrado y transmental caracterizado por la intuición más que por el pensamiento reflexivo, más por la unidad que el individualismo y que en la realidad se revela como interconectada, no dual.**

## 1.2 PARADIGMAS

El paradigma es una cosmovisión, un marco cultural en el que necesitamos situarnos, que nos sirve de referencia y configura nuestro modo de pensar. Actúa como un filtro a través del cual tratamos de entender la realidad en un momento histórico concreto.

Ha habido varios paradigmas (ver más adelante al hablar de Dios en cada paradigma)

- Los inicios (hombre primordial)

- el Neolítico -La premodernidad -La modernidad – la posmodernidad

En cada uno se reflejan los rasgos de los estadios de la conciencia.

No hay un paradigma mejor que otro. En cada uno la personas religiosa ha podido vivir experiencias profundas y alcanzar niveles elevados de humanidad.

El peligro está en identificar paradigma con la realidad, el mapa con el territorio que representa y atribuirle una validez absoluta e incuestionable. Esto nos hace intransigentes y fanáticos (poseedores de la verdad absoluta) Somos fanáticos cuando descalificamos y nos negamos a escucharlos, atrincherados en nuestro paradigma..

Los “maestros de la sospecha” (Buda, Marx, Jesús, Freud...) son los mayores benefactores de la humanidad. Jesús denunció el Templo, la tradición, las normas, la religión... (“No es el hombre para el sábado...”) Lástima que su denuncia fue luego domesticada y transmutada en una nueva verdad absoluta en cuyo nombre se cometieron las mismas atrocidades que se habían cometido contra él.

Los paradigmas son necesarios, pero hay que pagar un precio por ellos: ayudan a comprender la realidad, pero la limitan, la adaptan al modelo. Necesitamos lucidez para ver que la realidad es mayor que el filtro y que la percepción que de ella tenemos. Debemos someter nuestros paradigmas y prejuicios a una constante revisión y crítica, a medida que conocemos nuevos datos sobre la realidad; esto es difícil porque, porque supone renunciar a la comodidad y la arrogancia de creer que poseemos la verdad (necesitamos tener razón).Supone humildad y honradez